

La botánica prehispánica y el origen del Hospital de Huastepec

Dr. Francisco Fernández del Castillo*

Oaxtepec (o Huastepeque) está situado al pie de las estribaciones meridionales de la serranía del Ajusco. Hasta hace pocos años era una pequeña población de escasos habitantes.

Como imponente fortaleza, construcción típica del Siglo XVI, se levanta el antiguo convento de dominicos. Jardines naturales y manantiales embellecen los contornos.

Cerca del convento, están las ruinas del antiguo hospital. Noble arquería rodea un inmenso patio en cuadrángulo. Galerías, techumbre y escaleras han caído por la acción de los siglos y del abandono incomprensivo, pero la antigua iglesia del hospital, espaciosa y con sus bóvedas, permanecen aún en pie. Rodeando el patio, quedan dos grandes salas, antiguas enfermerías, en cuyas paredes carcomidas y desmanteladas ostentaban semiborrrosos los caracteres que hace más de tres siglos numeraban las camas de los pacientes.

Hay cercanas arboledas cruzadas por arroyos que nacen entre las rocas o entre las raíces de centenarios árboles; manantiales de aguas termales sulfurosas. Las llanuras cercanas, eran pantanosos terrenos donde se cultivaba el arroz y el paludismo era endémico. Hoy contiene el centro vacacional Oaxtepec, acertadamente establecido.

En el Libro de los Tributos, más conocido con el nombre de Códice Mendocino, leemos que... “En el año de mil cuatrocientos y cuarenta años, y en el dicho señorío de México, por fin y muerte de Izcoatzin, señor en el dicho señorío, reinó en él Moctezuma, hijo que fue de Guizilihuitl, señor que fue de México y durante el dicho señorío conquistó y ganó por

fuerza de las armas treinta y tres pueblos según que estén figurados en las planas de atrás”. La plana mencionada contiene, colocados en serie, los signos de los años correspondientes y los lugares que fueron conquistados por Huehue Moctezuma, Ilhuicamina, es decir, Moctezuma el grande o el viejo. *Flecha hasta (o en) el cielo.*

Junto al jeroglífico de Duauhnahuac (Cuernavaca) y Atlantlahua, está el de Huastepeque. Es una representación estilizada del árbol *huaxin* sobre el glifo *tepeque* (cerro o montaña). A un lado del jeroglífico de cada pueblo, una casa incendiada, representa ideográficamente el pueblo destruido y conquistado.

El *huaxin* es nombre genérico que comprende varios grupos. El más admitido es el de huaje y calabaza (cucubirtacea) cuyo fruto desempeñó noble misión en las viejas culturas y en el actual folklore.

Hay muchas variedades. La calabaza en forma de pera, la calabaza ahuecada y puesta a secar sirve de ánfora, para el peregrino y caminante. Las especies cuyo fruto es largo, se utilizaron y se utilizan como instrumentos de succión, llamados *acocotes*.

Cubiertos con laca especial, durante siglos han sido engalanados con figuras, ya vistosas, ya caprichosas, han sido adornos de todo los tamaños. Los pequeños guajes han servido para collares pendientes; más grandes, como juguetes y objetos curiosos.

De dimensiones apropiadas y herméticamente cerrados y unidos entre sí por un cordel, el nadador los usa como flotadores. Rallados convenientemente, producen, cuando son frotados con fragmentos de madera, un ruido especial que acompasado, sirve de acompañamiento a los músicos. Es el “huirio” de origen antillano y africano. Puede ser el

*Jefe del Depto. de Historia y Filosofía de la Medicina. Fac. de Medicina. UNAM.

“guaje” adaptado para sonaja (maraca), o para ser percutido con los mismos fines. .

Todo esto, sin contar con que la calabaza, tan usada en la confección de los alimentos, forma parte de muchos guisos (molli), que muestra cocina ha heredado de las antiguas culturas mexicanas.

Un proceso de semántica popular hace cambiar de sentido a tan noble fruto para llamar “guaje” al hombre tonto o pueril.

La raíz de *huaxin* o huaje está contenida en muchos lugares geográficos: en Huastepic o Oaxtepec; en Huasteca, extensa región donde se desarrolló una cultura del mismo nombre, y en Huajuapán, y Oaxaca (Huaxa-yacac).

Dice el cronista don Fernando Alvarado Tezozomoc: “Llamó Moctezuma a Cihuacatl y díjole: Tlacaetzin: También soy avisado de que está un sitio muy deleitoso en Huaxtepec; donde hay peñas vivas, jardines, fuentes, rosales y árboles frutales. A esto respondió Cihuacatl Tlacaetzin y dijo: Señor, es muy bien acordado que en ella figuren los reyes vuestros antepasados; enviaremos allá a nuestro principal mayordomo Pinotell que vea, guarde y cierre las corrientes, ojos de agua, fuentes y lagunas para el riego de las tierras; y en el interín, enviemos mensajeros a la costa de Cuertlaxtlán para que traigan árboles de cacao y nuesnacoxtlí, para plantar allí y las rosas y árboles de *yoloxochitl* (talauma mexicana, flor de corazón o magnolia), pues hay para ello partes y lugares importantes, que sea de perpetua recordación y memoria vuestra. Y entonces siendo servido, iremos allá a ver a las labores de las peñas de vuestros antepasados”. Y para esto fueron diversos mensajeros por los árboles de cacao, rosales y *yoloxóchitl*, y *yzquixúchitl* (Bourrena Huanete. La llave et Lex) *cacahuaxúchitl* (Quararibea funebris. La llave), *huacalxúchitl* (Phitodendrome affine) *tilxuchitl* (vainilla planifolia vainilla) y *mecaxúchitl* (flor de cuerda, Peper), todo lo cual traían con raíces para trasplantar en Huaxtepec.... Luego, en su cumplimiento trujeron todos los arboles con raíces, y envueltos en petates, las rosas también con raíces, cosa que tanto holgó Monctezuma, asimismo vino mucha cantidad de indios para que las plantasen”.

Otro de los primeros cronistas, el padre Durán, dice que después de oraciones y sacrificios a los dioses “ninguna de aquellas plantas se perdió, antes del tercer año dieron flores en abundancia”, por lo cual Moctezuma y Tlacueatl dieron gracias fervorosamente por el éxito de sus afanes, teniéndolo “... por particular merced y beneficio del señor de las alturas, del día y de la noche, pues dejaron a la nación mexicana y a todas las naciones de la provincia, el refrigerio de las rosas que allí habían crecido...”

Es indudable que el gran jardín no solamente se cuidaba como objeto de ornato. También lo fue de aplicaciones de la botánica a la medicina.

El lugar era famoso por sus médicos (*tlamamine*), brujos (*ticiotli* y *nahuallis*), herbolarios (*tepatiani*) y agoreros (*tonalpohuqui*) que eran solicitados por los antiguos reyes de México. Los jardines, su clima y sus manantiales sulfurosos eran, en épocas prehispánicas, motivo a que acudieran los enfermos. Lo demuestran los petroglifos que existían en uno de los cantiles del bosque y que hoy se exhiben en el parque vacacional. Representan personajes enfermos del pie, que ofrecen zahumerios a *Maquixóchitl*, diosa de la agricultura y de las hierbas medicinales, y empuñando sonajas, acaso de *huaxi*, como práctica ritual para obtener la curación.

Desde 1521, Oaxtepec llamó la atención de los conquistadores. Escribía Hernán Cortés al emperador Carlos V... “Llegamos a Guastepaque, la cual huerta es la mayor y más hermosa y fresca que nunca se vió, porque tiene dos leguas de circuito, y por medio de ella va una muy gentil ribera de agua; y de trecho en trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos y jardines muy frescos, e infinitos árboles de diversas frutas, y muchas yerbas y flores olorosas, que cierto es cosa de admiración ver la gentileza y grandeza de toda esta huerta”. Bernal Díaz del Castillo, por su parte cuenta que ...“nos fuimos camino de un pueblo ya nombrado que se dice Guaztepeque, donde estaba la huerta que he dicho que es la mejor que había visto en mi vida, y así lo torno a decir, que Cortés y el tesorero Aldarete, desde que entonces la vieron pasea-

ron algo en ella, se admiraron y dijeron que mejor cosa de huerta no habían visto en Castilla”.

Los ojos admirados de los soldados españoles contemplaban uno de aquellos jardines en cuyo cultivo tomaban tanto empeño los antiguos señores indígenas. No hay exageración en quienes afirmaron que esos jardines, verdaderos jardines botánicos, eran comparables a los de la lejana Italia, que entonces vivía su esplendoroso Renacimiento.

Es tiempo ya de hablar acerca del viejo Hospital de Santa Cruz Oaxtepec. De ese hospital no quedan hoy sino ruinas que nos hablan de su antiguo esplendor. Fué fundado por Bernardino Alvarez, el Apóstol de la Caridad de la Nueva España.

Bernardino Alvarez recogía a los dementes de ciudad de México y los alojaba en una casa que construía con la ayuda de esos pobres enfermos, casa que se llamó *Hospital de San Hipólito* y que subsistió desde 1567 hasta 1910 cuando fué inugurado el actual Manicomio General de la Castañeda.

Bernardino Alvarez fundó también el Hospital de San Martín de Veracruz, el de la Concepción de Xalapa, el de Belem en Perote, el de San Roque en Puebla y otro en Acapulco. Para atender a estas fundaciones y otras que hizo más tarde, organizó una cofradía con el nombre de Hermanos de la Caridad, más tarde Orden Religiosa de los Hermanos Hipólitos, reconocida por bulas de los Papas Sixto V, y Clemente VIII y confirmada definitivamente por breve de Inocencio XII. Dicha orden hospitalaria netamente mexicana, subsistió hasta 1820 en que fué suprimida en virtud de lo mandado en 1810 por las cortes de Cádiz.

En cuanto a la fecha y condiciones en que fue fundado el Hospital de Oaxtepec, sabemos por el cronista Díaz de Arce que, a nombre de Bernardino Alvarez, el padre Domingo de Ibarra y el Hermano López... “aceptaron en dicha Villa de Oaxtepec la donación que los principales hicieron de un buen pedazo de tierra de sesenta brazas de largo y treinta de ancho, en la calle que va de la plaza (y tianguéz o mercado) a la villa de Yautepec, cerca del Monasterio de Santo Domingo, la

calle enmedio. Esta donación hecha con amor de Dios Nuestro Señor por el Gobernador, alcaldes y principales del pueblo, se aceptó por la parte de Bernardino Alvarez y se otorgó Escrituras a veinte días del mes de julio de mil quinientos sesenta y nueve años, ante de Gaspar de Peralta, Theniente de la dicha Villa y de su Escribano Bartolomé de Alcaráz. Empezóse luego de Fábrica (que es una cosa grande) por los dichos Hermanos”.

Más tarde el gobernador y principales vecinos, hicieron confirmación legal de la donación, previa información testimonial de su utilidad, teniendo en cuenta que no había perjuicio a ellos ni a ningún vecino de esa villa sino “servicio de Dios y comodidad de los pobres”. La escritura se otorgó, ya concluido el hospital, el once de agosto de mil quinientos noventa y un años, con intervención del corregidor Don Diego Troche, ante Juan de Carranza, escribano de Su Majestad”.

Al frente del hospital quedaron, los mencionados hermanos Domingo de Ibarra y Hernando López, y más tarde, Esteban de Herrera. “Este varón —dice el cronista— ultra de ser eminente en la plicación y el conocimiento de las yerbas en la Medicina y Cirugía para la salud de los enfermos...”

Es bien sabido que en 1570, había llegado a la Nueva España, el doctor Francisco Hernández, pagado por Felipe II, para estudiar la flora y la fauna del país. Recorrió buena parte del territorio, acompañado de intérpretes (nahuatlato) y dibujantes y escribientes (tlacuillos). Después de siete años, se embarcó llevando grandes volúmenes conteniendo notas y dibujos de sus observaciones. En parte fueron publicados en Europa después de varias circunstancias azarosas, pero copia de un manuscrito del propio Hernández existía en el hospital de Oaxtepec y “por extraños caminos” llegó a manos de un fraile de Santo Domingo llamado Francisco Ximénez, agregándole observaciones personales, lo publicó con el nombre de “Cuatro libros de la naturaleza y virtudes de las plantas y animales que están concebidos en el uso de la Medicina en la Nueva España”. Fue impreso en México por Diego López Dávalos en 1615, y reimpresso en 1888 por Nicolás León en Morelia, y por

Antonio Peñafiel en México.

Por Fray Francisco Ximénez, sabemos que en el jardín de Oaxtepec, y no lejos del hospital crecían en abundancia yerbas medicinales que empleaban en grande los hermanos hipólitos.

Extendida por el suelo y pegada a las peñas, crecía la *texaxapotla* de hojas sutiles, finos tallos de color púrpura y pródiga en flores amarillas, que desprendían un penetrante olor a naranjas “en tanto extremo, que es cosa de admiración”; curaba el dolor de cabeza y el romadizo, y aplicado por fuera sanaba “los empeynes y la sarna, fregándose con ella, y aun usandola assi, no perdona la tiña”. En las márgenes del río y de los numerosos arroyos que nacen entre las peñas y árboles, crecía como arbusto el *acuecuye* o *cihuaxochitl*: sus tallos eran de agradable sabor y olor; curaba los cólicos, provocaba la orina “limpiando los riñones y la vexiga”, hacía bajar la regla a las mujeres. Además crecía el *totomahuac tlacopatli* de flores púrpuras y frutas parecidas a la calabaza. “Dícese que aplicada en emplastro cura tumores y apostemas”.

Y había muchas otras: el *Yzquioxochitl* cuyas hojas quitaban el dolor de dientes; la guayaba de frutas deliciosas y de cuyas hojas se hacía un “xarabe bonísimo para las cámaras” cuya fórmula y *modus faciendi* consigna el buen Fray Francisco. El *Tecopal* que destila una lágrima, especie de incienso, que sanaba “a los locos que no tienen calentura”.

En fin el *huixochitl* o bálsamo de las Indias del que afirmaba Ximénez era “muy semejante al bálsamo de Siria y en nada inferior en olor y “facultades” se daba en la región del Pánuco “y fue traído a los jardines de Oaxtepec por mandado de los Reyes Mexicanos no menos por regalo que por manificencia y grandeza, donde lo vide cada passo asistiendo yo en aquel Hospital sirviendo a los pobres algunos años”. Las propiedades atribuidas llegaban a legendarias porque “conforta el estómago enflaquecido por causa fría, provoca la orina, abre las opilaciones y cura la dificultad de la respiración; quita los dolores del estómago y del vientre, pone buen color en el rostro; unas gotas de bálsamo batida, con una clara de huevo y puesto en el rostro quita

el paño y la limpia singularmente sin riesgo”.

Además de sus plantas medicinales el Hospital de Oaxtepec se hizo famoso por “el buen temperamento que es tierra caliente y seca; de muy buenos aires, de fuentes de aguas muy saludables”.

Los médicos de la época recomendaban que allí acudieran los enfermos de padecimientos difícilmente clasificables en nuestra actual medicina; “los que están gravados de humores gruesos; sangre requemada, de dolores y bubas, que como hay en la Nueva España, y dondequiera lugares muy húmedos (que) comúnmente ocasionan estos achaques. Vienen también personas lisiadas de gravísimas enfermedades, que juzgándose por incurables vienen a buscar remedio a Santa Cruz de Oaxtepec”.

En el siglo XVII al decir de Díaz de Arce, contemporáneo de los hechos, al Hospital de Oaxtepec “ocurren clérigos, religiosos, españoles, mestizos, mulatos, negros, indios y mujeres de todas las costas; mas no sólo a estos como de el reino, más de todas las naciones extranjeras, para todos los cuales hay salas, enfermerías y puestos decentes, apartados con diferentes ornatos donde les dan baños, sudores, unciones y la diferencia de curas de medicina y cirugía de que necesitan... No es menor el concurso que hay al presente a él de todas las provincias de la Nueva España, y de Guatemala, Perú y todas las Islas, que a la fama de temple y médicos le vienen buscando por tierra y mares, al presente, como si le buscaran ahora (hace ya) sesenta años”.

El acucioso cronista, además del hermano Esteban de Herrera, conoedor de las aplicaciones de las yerbas, nos habla del hermano Lope Rodríguez “a cuya fama de milagrosos, de gran médico y cirujano, venían enfermos de tierras remotísimas de salud desesperada, mediante Dios, y las curas del hermano Lope, conseguidas entera sanidad”. También habla del hermano Andrés Martín “que tantos enfermos pudo curar con la gran ciencia y experiencia la medicina y cirugía”. También cita el mencionado autor al hermano G. Pérez “que murió ejercitando su oficio de charidad y proximidad evangélica, porque murió una hora después de haber visto y curado sus enfermos



despidióse de ellos”.

La ingenua terapéutica de entonces se impartía en Oaxtepec a ricos y pobres, sin distinción de clases, razas ni castas; aplicando una ciencia que contenía muchas verdades y muchas mentiras; cometiendo aciertos y errores pero todo con fe, siempre verídica y con caridad que todo lo llenaba.

Para ayudar al sostenimiento del Hospital de Santa Cruz, el Virrey D. Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montes Claros, por mandamientos de dos de marzo de 1607, autorizó al Hermano Mayor del Hospital de Oaxtepec para pedir limosna por todas las provincias de la Nueva España, y decía a las autoridades respectivas “que en vuestra jurisdicciones encarguéis y deís a entender a los principales, gobernadores, y alcaldes por donde pasare el dicho portador; que es obra en que se sirve tanto a Dios... Y el orden que en ello se ha de tener es que los padres religiosos y vosotros pidan y pidáis a la limosna, y después de recogida por los unos a los otros se entregue a la persona que va por ella, asentando la cantidad que se le da, en un libro que se ha de llevar para el efecto y el Hermano Mayor y Administrador contiene acá lo que se ha recogido y ayudaréis a ello con la voluntad que el caso pide”. Otro mandamiento semejante dio el siete de septiembre del mismo año el Virrey D. Luis de Velasco el segundo, sucesor del Marqués de Montes Claros.

Muchos enfermos y enfermeros pasaron por las salas del hoy derruido hospital, pero sus hechos y sus nombres no quedan sino en viejos y apolillados escritos que pocos leen.

Ha quedado viva, sin embargo, la figura enigmática del “Siervo de Dios”, Gregorio López. Lo conocemos por sus retratos al óleo, que se conservan en el Museo Nacional de Historia en la antigua Parroquia de Santa Fe y en otros diversos lugares. Nacido en Madrid, el 4 de julio, día de San Gregorio Taumaturgo, el año de 1542. A los ocho años de edad, huyó de la casa paterna para ir a las montañas de Navarra para llevar la vida de los antiguos ermitaños y anacoretas, pero fue hallado y su padre lo llevó a Valladolid, corte entonces de Felipe II, del cual fue paje, cargo solamente otorgado a los jóvenes de alto

linaje.

Durante su vida cortesana, el joven Gregorio recibió esmerada educación literaria, adquirió el máximo de conocimientos científicos de entonces, y una gran erudición teológica. Y “aunque pasasen duques y condes ni otras quimeras —dice el Padre Loza, su compañero y biógrafo— que a cada paso suelen encontrarse en la corte de los Príncipes, que divierten aún a los más atentos, conservaba la quietud de su interior como si estuviera en el yermo de Navarra recogido y devoto. Finalmente pasó dos o tres años entre el bullicio y ocasiones de la corte, con tan gran peso y madurez de costumbres que podemos llamar a las penosas jornadas de su edad, una ancianidad aproximada”.

Visitó más tarde el Monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe en Extremadura y en ese retiro, famoso en la historia de la medicina medioeval, tomó la decisión de venir a la Nueva España.

Cuando llegó a la ciudad de México trabajó con el escribano San Román y con el secretario Turcios, empleando, en sus tareas de amanuense su habilidad para dibujar las letras “con tal primor que igualaba o excedía el molde, como se echa bien de ver en algunas cosas que tenemos escritas de su mano, con tanta limpieza, con acierto y curiosidad que pone admiración”. El oficio de amanuense lo practicó durante breve tiempo, el indispensable para “ganar por la pluma alguna ayuda de costa para pasar a Zacatecas donde esperaba tener mejor comodidad para la vida solitaria que traía en deseo”.

Y es el caso que un día cuando los carros cargados de plata tomaban el camino de México, hubo terrible confusión y riñas. Según el Padre Loza “dos echaron mano a las espadas y en mismo punto se hirieron, de suerte que al mismo tiempo cayeron ambos muertos; lastímale a Gregorio la pérdida de estas infelices almas que por un poco de tierra perdieron el bien eterno. Acrecentósele con esto el deseo de apartarse del trato de los hombres viendo cuantos desconciertos y extremos hacían por cosa que en verdad valía tan poco.

“Trocó sus vestidos costosos que traía, por un traje más nuevo, más conforme a su propó-

sito y pasó ocho leguas más adentro al Valle de Amayac, entre los chichimecas, cuya fiereza en aquellos tiempos era bien temida de los españoles"... Discurrió por el Valle algunos días, conversó con los bárbaros, ganóles la voluntad.

Uno de los sitios más alejados entonces de la civilización estaba a siete leguas de Zacatecas. Aramaxeque, pertenencia y hogar del viejo capitán don Pedro Carrillo de Avila. Cerca del río, en lugar solitario y entre las rocas, Gregorio construyó una ermita. El mismo construyó con adobes su mísera mansión a veces ayudado con complacencia por los feroces chichimecas. Una vez fijado su lugar de retiro y meditación dijo la siguiente oración: "Señor, aquí salgo sólo a servirlos y no a tener cuenta de mí; si yo me perdiere, a vuestra cuenta".

Aparte de la familia del capitán Carrillo, a cuyos hijos enseñó Gregorio a leer y escribir para corresponder el permiso de habitar en terrenos del cortijo, no tenía más amigos que los indómitos chichimecas, quienes le dejaban en su ermita conejos, codornices y tunas para alimentarse. Gregorio los enviaba a la madre de sus discípulos, pues no comía sino maíz tostado, celebrando el domingo con comer un rábano crudo y hierbas. Las horas que le dejaban sus lecciones las empleaba en repasar con su magnífica memoria, sus conocimientos anteriormente adquiridos y en meditar "en el amor a Dios y al prójimo".

Los soldados que pasaban y consumaban la conquista de la región lo injuriaban; lo apostrofaban de loco o hereje luterano; se mofaban de su soledad y aspecto. Unos le gritaban entre chacotas "a muerto me oléis ya".

Recorrió estancias en busca de paz. Llegó a la de Alonso de Avalos donde se ocupó de cultivar el huerto y en ella pasó el terremoto de 1576. Las vigas del techo que lo cubrían, cayeron sobre él sin hacerle daño. El acontecimiento llamó la atención y se le atribuyó a milagro.

Por aquellos días predicaba por minas y pueblos distantes, Fray Domingo de Salazar. Se encontró con Gregorio. Admiró su virtud y conocimientos en Sagradas Escrituras, y lo invitó a pasar al Convento de Santo Domingo

de México, Gregorio aceptó y después de siete años abandonó la región de Zacatecas.

Llegó a México, llamó al Convento de Santo Domingo pero el buen Fray Domingo de Salazar andaba recorriendo los lejanísimos parajes del Norte. No se le admitió, pues debería tomar antes el hábito de la orden de los Predicadores. Gregorio amaba más la vida solitaria que la de comunidad. Así pues "determinó irse a la Guasteca porque le habían dicho era aquella tierra larga y despoblada y muy fértil de frutos silvestres de que podía sustentarse".

No sabemos en qué lugar de la Huasteca pasó largos cuatro años de su vida. Sus biógrafos se conformaban con decir que buena parte del tiempo dedicaba a la lectura de muchos libros, todos prestados. Su lectura favorita era como hemos dicho la Biblia a la que dedicaba cuatro horas diarias y pudo aprender de memoria los libros de los Reyes y de los Macabeos, "y lo restante del Testamento Viejo y Nuevo, ya que no lo sabía de manera que pudiese decirlo consecutivamente como los libros dichos, sabía y tenía muy en pronto todas cuantas cosas están en la Sagrada Escritura, y en qué libro, capítulo y número". Leyó muchos libros de historia, tanto eclesiástica como profana y tenía especial predilección por las obras de Santa Teresa de Jesús, la mística doctora de Avila. "Cuando leía para que otros oyesen, era muy de ver la presteza y gracia con que leía".

En esa cálida y húmeda región adquirió "una muy recia enfermedad que le dio de desintería, la cual él pasó a solas muchos días, con la incomodidad que puede pensarse, en tanta falta de todas las cosas necesarias para su cura y aun para el ordinario sustento... estuvo al cabo de esta enfermedad muchos días, hasta que estando muy debilitado por no haber podido comer cosa alguna en muchos días, le vino un sueño del cual despertó a deshoras con gran esfuerzo y ganas de comer y en breve tiempo recobró la salud".

Juan de Mesa, sacerdote beneficiado de un pueblo de la Huasteca, recorría la región en labor misionera. Supo de Gregorio López, lo encontró gravemente enfermo y lo llevó a su propia casa donde obtuvo la curación. Pronto

fue notada su presencia y los vecinos se convirtieron en molestos visitantes. Unos lo admiraban, otros lo detestaban “porque como a su parecer no tenía algún oficio o ejercicio en qué ocuparse, juzgábanle por holgazán, u hombre sin provecho, y aun pasaba más adelante la sospecha porque algunos le tenían por hereje, no obstante que le veían en aquel tiempo acudir a oír misa y a las demás obligaciones exteriores de los cristianos como los demás”.

Decidió abandonar la Huasteca y trasladarse a Atlixco donde encontró hospitalidad en la estancia de Juan Pérez Romero, quien por lo pronto en vista del lamentable estado de la indumentaria de su huésped le “vistió de nuevo una sotanilla corta de paño grosero, calzón y medias de lo mismo; traje que conservó lo restante de su vida”.

En Atlixco volvió a tener devotos admiradores, pero otros “le juzgaban por hombre de mala vida y hereje disimulado y así le aborrecían y huían de su comunicación y compañía y él en esta materia padeció mucho con muy rara paciencia”. Los mismos religiosos del convento cercano lo denunciaron como sospechoso en la fe y provocaron con su denuncia una visita especial mandada por el Arzobispo. Las informaciones fueron favorables a Gregorio, quien, posiblemente mortificado por las molestias ocasionadas a su huésped, decidió regresar a la ciudad de México.

Próximo a Texcoco, se dirigió al Santuario de los Remedios. Al principio muy pocas personas notaron su presencia ya que “en lo de fuera parecía hombre simple, corto de razones y de poco entendimiento. No había quien se llegase a él ni cayese en el tesoro que Dios tenía en aquella soledad escondida. Con esto padeció mucha necesidad y falta de sustento tanto que supe había pasado muchos días con sólo membrillos ácidos”.

El Arzobispo Moya de Contreras envió al Padre Francisco Loza, cura del Sagrario, y al Padre Alonso Sánchez, de la Compañía de Jesús. Gregorio fue interrogado; los visitantes volvieron admirados, y el Padre Loza se decidió a vivir de ermitaño, con Gregorio López.

Dos años después, Gregorio se sintió “muy flaco y acosado de dolores de estómago y de hígado; para las cuales indisposiciones le eran muy contrarios los fríos y recios vientos que de ordinario hay en aquellos altos y así fue necesario para su salud, pasarse al Hospital de Guastepec, que cae en el Marquesado del Valle, doce leguas de México”.

Gregorio López fue hospedado en la habitación de Fray Esteban de Herrera, hermano mayor del hospital quien tenía orden darle el sustento sin ocuparlo en cosa alguna. No estaba en calidad de médico sino de enfermo. No ayudaba a curar a los enfermos. Sin embargo, fue muy útil.

“A los enfermos y convalecientes consolaba y animaba (refiere Loza) con tal gracia y fervor que a todos edificaba y daban las gracias a Dios de ver tal hombre. Tenía particular destreza en aplicar y desenojar a muchos enfermos que estaban tan desganados y deshechos, que los enfermeros no podían sufrir.

“Era muy inteligente en el arte de medicina. En este arte se holgaba de dar a cualquiera necesitado receta conveniente; la cual daba, de su letra, con admirables remedios, los mejores que su buen deseo de la salud del próximo le hacía inventar, y disponer, porque era muy compasivo, y así le daba Nuestro Señor suceso maravilloso.

“Alcanzó también mucho de la agricultura y era tan buen herbolario que no solo conoció la propiedad y virtud de las yerbas y a qué enfermedades se habían de aplicar, sino que las sabía mejorar con licores varios que hacía y se los daba como a beber a las mismas yerbas y hortalizas. Y me dijo que si supiera de un hombre curioso, buen cristiano (por el peligro que hay de empeorarlas y empozoñarlas por ese artificio, faltando al temor de Dios) le enseñara a hacer este bien para provecho del próximo”.

En esos días escribió un libro, admirado por mucho tiempo y hoy discutido con interés, que se llama “Tesoro de Medicinas para diversas enfermedades”.

Lo escribió ya que, “viendo que no tenían médico graduado, ni cirujano, se propuso componer un libro de medicinas... sacado de varias experiencias y de el gran conocimiento

que tuvo de las propiedades y virtud natural de las yerbas. Escribióle de su mano y letra, que parecía de molde. Hiciéronse muchos traslados y se embargaron a diferentes partes y hospitales”.

En su “Tesoro” por orden alfabético, Gregorio consigna los padecimientos, síntomas o agentes etiológicos, con sus respectivas indicaciones terapéuticas: abejas, agallas, ahipo, aitto, alacrán, “almareamiento o vaguido” (mareos o vahidos, vértigo), almorranas, almorranas con flujo de sangre, almorranas de dentro, aliento de mal olor, antojos a las preñadas, apoplexia, apossimo o aneurisma, apostemas (abscesos), apostemas de aguas, apostemas pequeñas, arenas en la orina, asma, aradores o ladillas, bazo malo, berrugas, bexiga, boca llegada, etc.

Muchos de los remedios aconsejados en el Tesoro se usan hoy día en la medicina popular. Por ejemplo para el “ahipo” (hipo) Gregorio recomienda: “Dígase al paciente algunas cosas de admiración o espanto súbito. También aprovecha doblar el dedo del corazón y apretarlo, o comer un poco de anís o echarse ventosas en el estómago, o beber vino o agua. Y si es de haber purgado mucho, denle caldo de ave con yemas de huevos”. Téngase en cuenta el adagio popular, que aún hoy día corre de boca en boca, para describir los efectos de una gran emoción o susto, se afirma que “hasta el hipo se fue”.

Las recetas para “cámara de sangre” o disentería son aun usadas en regiones más o menos alejadas de centros urbanos: “una acemita grande que tenga buen migajón, y abrirla por medio y sacarle el migajón, y tomar nuez mozcada, clavo y madera de clavo y canela y la acemita tostada muy bien y rociarla con vino blanco y sembrar todos estos polvos por la acemita, y puesta en el estómago, aunque tenga vómito y esté de muerte, se quitarán las cámaras”. A continuación de este recurso, en el que la superchería es evidente, dice: “También es excelente el cuerno de venado, que quede como dorado y si son (las cámaras) de frío, en vino bueno”. Debe recordarse que Sydenham preparaba su famoso “cocimiento blanco”, tan empleado hasta hace pocos años, haciendo una suspensión de polvos de

cuernos de ciervo, los que más tarde fueron sustituidos por su principal componente, el carbonato de calcio.

La vivencia en el “Tesoro” de recursos mágicos es notoria a pesar de la religiosidad de Gregorio. *Leche*, para acrecentarla, las uñas delanteras de las vacas.

Son vivencias de la medicina mágica, empleada tanto en la medicina indígena como en la europea, los agentes repugnantes: “el estiércol humano y untar con él la herida”; para el “aliento de mal olor”, beber orines en ayunas, para el cáncer, ceniza de cangrejos quemados, y una mezcla por partes iguales de solimán crudo (sublimado corrosivo) y excremento humano, mezcla extraña de un recurso mágico y el uso racional de polvos curativos. Para la flema salada, “untarse con orines de perro y la tierra donde hubiere orinado”. Pero el colmo de la polifarmacia es lo recomendado para el “mal de hijada”; seis lombrices majadas y bebidas con vino; o una ayuda (lavativa) de un poco de piciete (tabaco), hueso de mamaypahuapatli (mamey?), un chile ancho sin pepita, aceite, orines de muchacho y miel; todo cocido y colado y échenle en una ayuda”. El zumo de estiércol de caballo fresco, bebido, se recomendaba para la “sangre por la boca”, y para la epistaxis, canina de perro seca y en polvo sorbida por las narices”.

Seamos justos, sin embargo, con la Medicina de Gregorio. No la leemos con fines pragmáticos, sino para conocer una fase evolutiva de la medicina popular.

Las extrañas prescripciones de Gregorio, eran semejantes a las empleadas en todo el mundo.

Aunque “Tesoro de Medicinas” fue escrito con el fin de que se aprovechara en la práctica, su verdadero sentido está en la mística de un hombre que hubiera podido vivir en la Europa cristiana del siglo XII. La misma mística del autor en sus tiempos, cuando derrumbado el sistema hipocrático y galénico no se había podido construir otro nuevo, fue motivo para que tanto se apreciara su libro. Este, deprovisto de bases científicas, calmaba ansiedades.

Por eso, el “Tesoro” tiene como epígrafe la hermosa sentencia del libro de Jesús Bensyrac, de Alejandría (El Eclesiástico): “Dios

creó los medicamentos en la Tierra y el hombre prudente no los desprecia”.

De nuestro rico patrimonio cultural, testimonio de nuestro pasado, con sus grandes aciertos y grandes errores, pero que determinó nuestro presente. Pocos monumentos tienen la emotiva y romántica evocación como el arruinado Hospital de Santa Cruz de Oaxte-

pec. Entre sus muros la imaginación recuerda a Bernardino Alvarez y muchas figuras del pasado.

Por eso esperamos la reconstrucción del nosocomio que fue tan famoso en su tiempo, y cuya historia está llena de fecundas enseñanzas.

